

LAS FUNCIONES DEL LENGUAJE Y LA UNIDAD DE COMUNICACIÓN

El lenguaje es un *organon* para la comunicación de un hombre a otro sobre las cosas. Este aserto clásico, no desmentido, aunque, a veces, olvidado, nos permite precisar que el hecho lingüístico tipo es la comunicación fónica, esto es, un hombre que habla a otro. Todos los demás casos se pueden explicar con tal esquema.

En el conocido modelo de Karl Bühler¹ se pone en relación el hecho lingüístico con el emisor, el receptor y las cosas, esto es, con lo mentado. Tal esquema tiene una productividad evidente. Otros modelos, aunque más analíticos², se pueden reducir en su núcleo esencial a aquél. Sin embargo, en él hay encubrimientos importantes, como ahora veremos³.

Al darse una situación concreta de lenguaje, tenemos una circunstancia en que los tres términos extremos (emisor, auditor y objeto) están presentes a la perceptibilidad. La situación es simple y homogénea. El discurso fónico de la acción comunicativa del emi-

¹ Cf. Bühler, Karl, *Teoría del lenguaje*, 2.^a ed., Madrid, «Revista de Occidente», 1961, *passim*.

² Cf. Jakobson, Roman, «Linguistics and Poetics», en *Style and Language*, Cambridge, Mass., MIT Press, 1960. Editado por Thomas A. Sebeok.

³ Nuestra perspectiva metodológica se basa, principalmente, en los siguientes autores: Husserl, Edmundo, *Investigaciones Lógicas*, Madrid, «Revista de Occidente», 1929; Bühler, Karl, *Teoría del lenguaje* (citado en la nota anterior); Martínez Bonati, Félix, *La estructura de la obra literaria*, Santiago de Chile, Universidad de Chile, 1960; Lapesa, Rafael, «Del Demostrativo al Artículo», *NRFH*, 15, 1961, págs. 23-44; Araya Goubet, Guillermo, «Dimensiones semánticas del lenguaje», Bogotá, Alfal, 1973; y Chafe, Wallace, *Significado y estructura de la lengua*, Barcelona, Planeta, 1976.

sor al llegar al auditor lo pone en la situación comunicativa. Esta abarca lo comunicado, el estado del hablante y la apelación al auditor. Las breves frases de la acción verbal son eficaces porque se apoyan en lo extralingüístico; carecen de campo representativo y mostrativo plenamente organizados. Aislada de su entorno, la situación comunicativa concreta o acción verbal es un «harapo lingüístico». Pero las funciones o dimensiones del signo lingüístico, en este entorno físico, son las básicas del lenguaje y se pueden esquematizar así:

a) Hacer patente el estado del hablante, como obra-síntoma del mismo. Es la llamada dimensión manifestativa o expresiva.

b) Actuar apelativamente en el auditor, como medio de una acción comunicativa. Configura la dimensión apelativa.

c) Identificar o mostrar un «objeto» que es el elemento básico de la situación comunicativa, como denominación o mostración. Estructura en esta línea las dimensiones representativa y mostrativa⁴.

El análisis anterior, en la perspectiva de K. Bühler, se centra en los elementos concretos, pero no debemos olvidar lo implícito del modelo. Las dimensiones del signo, en la acción verbal, tienen como base necesaria el ámbito de la significación inmanente y general.

Tal esfera presituacional está posibilitada por órdenes generales que se dan en los signos.

En esta línea, Omar Quine, en relación con la dimensión representativa y la mostrativa (mejor, presentativa), dice:

La mayor utilidad de los términos generales consiste en su capacidad de producir términos singulares demostrativos. Estos términos se forman con los generales prefijándoles partículas demostrativas, «este», «ese», «aquel»⁵.

Y, obviamente, debemos completar tal análisis, pues lo dicho vale también para la dimensión manifestativa y apelativa del signo. En este sentido, el signo es síntoma de una actitud y señal intencional en

⁴ Araya, Guillermo, «Dimensiones semánticas del lenguaje», *Actas de la Primera Reunión Latinoamericana de Lingüística y Filología*, 1964, Bogotá, ALFAL. Instituto Caro y Cuervo, 1973. Véanse págs. 82-107.

Lamíquiz, Vidal, «El demostrativo en español y francés», *RFE*, Madrid, C. S. I. C., 50, 1967, págs. 163-202; *Lingüística Española*, 4.ª ed., Sevilla, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1975, págs. 299-319.

⁵ Quine, Omar, *Palabra y Objeto*. Barcelona, Labor, 1968, págs. 112 y sigs.

una determinada situación comunicativa. En suma, lo expresado conlleva una situación comunicativa inmanente: la que imaginamos cuando aprehendemos cualquier secuencia con sentido. Lo conllevado tiene siempre un sentido, aunque la circunstancia concreta no lo objetive o verifique. La adecuación con la realidad implicará el cumplimiento del sentido impletivo, según la expresión husserliana ⁶.

En forma natural surge la interrogante: ¿cómo es posible que exista un hablar con sentido, sin que el nivel real —extralingüístico— esté presente?

Al analizar el decir práctico, vemos que el sentido impletivo más normal surge de la siguiente fórmula:

- a) el gesto indicativo, apuntando hacia la cosa;
- b) el codemostrativo;
- c) el núcleo nominal, que delimita la clase «conceptual» a que pertenece la individualidad mostrada; y
- d) la cosa real indicada por las formas mostrativas y nombrada por los signos nominales.

Estos segmentos se funden en la intuición impletiva. Y, en caso de faltar alguno, los otros lo sugieren.

Ejemplos:

- 1. gesto + esta + puerta + «puerta concreta».
- 2. esta + puerta + «puerta concreta».
- 3. esta + «puerta concreta».
- 4. esta + puerta

Con el último ejemplo, entramos en la producción de oraciones «irreales» respecto de una situación física concreta, pero que, para tener sentido impletivo, deben hacer presente un discurso auténtico de otra situación comunicativa, sea real o ficticia.

La secuencia «esta puerta» así representada debe tener, obviamente, una situación comunicativa en la que se apoye. Puede, por ejemplo, darse en el diálogo de un cuento:

- A.—¿Qué pinto?
- B.—Esta puerta.

¿Cómo es posible captar el sentido evidente de tales secuencias?

⁶ Husserl, Edmundo, *Investigaciones lógicas*. Madrid, «Revista de Occidente», 1929. Véase la *Investigación Primera*.

Todo hablante posee un consabido cultural y de experiencia que le permite entender el producto lingüístico como secuencia de signos que dicen respecto de algo. Lo expresado es dicho acerca de alguna circunstancia. El sentido impletivo (esto es, la particularidad del objeto que se nombra, desde una determinada actitud) resulta aquí, ya no de percepciones ad-oculos, sino de actos de fantasía, recuerdo e imágenes, que se apoyan en la experiencia previa o competencia lingüístico-cultural. Todo esto funciona en la actividad verbal de cualquier índole como presituación de cada acto concreto comunicativo, sean experiencias reales o imaginarias.

Lo desarrollado pone al descubierto cuatro aspectos importantes:

a) El hablar corriente es real y se da en una situación concreta en que alguien habla a alguien de las cosas. El significado final o sentido impletivo surge de la aprehensión de toda la situación real.

b) El hablar imaginario del producto lingüístico significa inmanentemente toda la situación comunicativa, y ésta, por ser obra, puede ser contemplada con cierta distancia.

c) Toda situación comunicativa, sea real o imaginaria, es una actividad de hablantes, reales o ficticios, que hacen uso del lenguaje, pero éste, como resumen o competencia, es previo al acto verbal y a sus elementos básicos: hablantes y ámbito témporo-espacial.

d) La aprehensión del sentido es la evidencia de la verdad o congruencia de la síntesis intuición-juicio, dada implícita o explícitamente en la manifestación verbal. Junto a tal valor fundante, presentativo y categorial, tenemos la manifestación y apelación intrínsecas al mensaje, que manifiestan la interioridad concreta del hablante y la apelación concreta de la situación comunicativa. El sentido impletivo es la síntesis intuitiva de todas esas dimensiones.

Cabe preguntarse ahora: ¿cuál es la estructura lingüística mínima que hace explícitamente patente la unidad inmanente de comunicación según las exigencias y posibilidades anteriores?

Tenemos que enajenar de tal estructura la marca personal, la coexistencia de las dimensiones representativas y presentativas, junto a las manifestativas y apelativas, basadas éstas en aquéllas.

Ahora bien, las coordenadas intuitivo-presentativas básicas de persona, tiempo y espacio (en lo comunicado y en la situación comunicativa implicada), más la presencia en la misma estructura, de una dimensión representativa en lo dicho, se da, en español, en el verbo,

como unidad morfosintáctica mínima. Su hibridismo funcional, en el marco metodológico manejado, lo potencia, ya no intuitivamente, sino analíticamente como categoría más rica e importante como signo en el hablar. Su valor funcional en el plano óntico se corresponde con su relieve sintáctico y predicativo, al ser el elemento principal de toda oración por afirmar la existencia o señalar un modo de existencia del sujeto, configurando así el sentido y la forma de una situación comunicativa en una unidad molecular.

Si analizo la forma *volverán*, puedo desplegar de tal inmanencia los siguientes elementos básicos:

A) Dimensión representativa: *volver*: «desandar lo andado».

B) Dimensión presentativa en lo comunicado:

- a) él + (marca de plural): eje de persona.
- b) futuro, «entonces»: eje de tiempo.
- c) de «allí» a «aquí»: eje de espacio.

C) Dimensión presentativa en la situación comunicativa:

- a) yo (emisor)
- b) ahora (momento en que se habla)
- c) aquí (lugar en que se habla)

D) Dimensión manifestativa-apelativa del emisor: actitud y sentido de convicción y certeza respecto de lo comunicado⁷.

En suma, de tal magnitud mínima, desplegamos que un «yo» habla desde un «ahora» y un «aquí», con certeza sobre el «volver», «entonces», de «ellos», desde un «allí» a un «aquí», el del «yo» que habla.

Apreciamos que ónticamente tenemos enajenadas todas las dimensiones del signo y gnoseológica y sintácticamente tenemos la presencia de un sujeto y predicado. La gramática generativa más ortodoxa diría un F N y un F V, implícitos en la estructura de base.

⁷ «El modo es la manifestación superficial de la posición psicológica del hablante frente al juicio». Cf. Rivero, María Luisa, «La concepción de los modos en la gramática de Andrés Bello y los verbos abstractos en la gramática generativa», R. L. A., Universidad de Concepción, 1972, pág. 73.

Las clases inmanentes analizadas pueden enajenarse en concreciones perceptibles o imaginarias configurando el sentido impletivo de la circunstancia comunicada.

La estructura verbal y sus morfemas organizan el campo mostrativo de lo comunicado y de la situación comunicativa, desde donde se despliegan los demás signos representativos y mostrativos. Al organizarse en funciones morfosintácticas se pueden «rellenar» tales clases funcionales con las dimensiones significativas previas, objetivadas en signos representativos o mostrativos (lo manifestativo y apelativo va implícito).

Ejemplo:

Carlos González comprará un cuaderno para su hijo en la librería



*El comprará lo le allí

Transformación de reemplazo.



El se lo comprará allí

Transformación de reemplazo y traslado

En suma, el verbo, en español, como en otras lenguas, logra la potencialidad comunicativa plena y el gozne sintáctico. Ello es posible gracias a su base lexemática y a sus morfemas caracterizadores: persona, tiempo (implica el espacio) y modo, principalmente. Tal realidad permite postularlo como la unidad funcional mínima en la comunicación, que, a nivel morfosintáctico, conlleva las potencialidades de las dimensiones significativas del lenguaje⁸.

⁸ En otra línea argumental, W. Chafe destaca con estas palabras el relieve del verbo:

«La corrección de esta teoría está señalada por tales hechos como los siguientes. Si nos encontramos con una estructura superficial como *la silla rió* y nos vemos forzados a darle un significado de cualquier clase, lo que hacemos es interpretar *silla* como si fuera animada de manera anormal, como manda el verbo. Lo que no hacemos es interpretar «reír» de manera anormal, como si fuera otra clase de actividad, realizada por objetos inanimados. Pueden idearse numerosos ejemplos de esta clase, y todos muestran claramente que la influencia semántica del verbo es dominante, *extendiéndose más allá de los nombres subordinados que lo acompañan*» (la cursiva es nuestra).

Lamentablemente, Chafe no trasciende del valor predicativo del verbo y no

Antes de pasar al análisis del texto, en esta oportunidad el literario, dejaremos patente que la omisión de verbos en secuencias con sentido y predeterminación coloquial (coordinadas intuitivas de persona, tiempo y espacio, incluida la determinación modal), se explica manejando el concepto de estructura patente y estructura latente. Si hay delimitación de las circunstancias, el fenómeno se explica por una transformación de «supresión verbal». En caso de ambigüedad, las estructuras latentes posibles se explican por la polivalencia deíctica y modal. En suma, aun en este caso, la ausencia superficial multiplica la presencia de tales coordenadas.

Por respeto al hilo conductor, sólo dejaremos constancia de algunos puntos colaterales que inciden en la presente argumentación:

a) Los elementos sintagmáticos (sujeto, complementos) de la oración trabada por el verbo despliegan las posibilidades analizadas con precisiones representativas, mostrativas y modales que guardan una relación de sub-clase a clase, de virtualidad a esencia respecto a los elementos genéricos previos⁹.

b) La mostración personal, temporal y espacial se da también con otras categorías lingüísticas, configurando sistemas que pueden organizarse a nivel de la acción verbal o del producto lingüístico¹⁰. En éste es típico que el entorno visible sea reemplazado por el contexto verbal basado en lo consabido. Por otra parte, surgen otros tipos de mostración: la «anafórica» (y «catafórica») y la «fantástica».

A medida que se organizan lo categorial y lo mostrativo, se hibridizan de modos variadísimos: un campo funciona siempre en relación con el otro, complementaria o tensivamente. La organización se

lo ve en la perspectiva de la situación comunicativa total, donde el modo, por ejemplo, tiene una relación innegable con el emisor de la predicación.

Cf. Chafe, Wallace, *Significado y estructura de la lengua*. Barcelona, 1976. Planeta. Véase pág. 111. Igualmente Gaínza, Gastón, «Notas a la «Clasificación de las Proposiciones» de Andrés Bello», *Estudios Filológicos*, Valdivia, 2, 1966, páginas 131-160. Su concepto de «formante forzoso» (el verbo) está fundado en una perspectiva sintáctica y funcional.

⁹ Según su valor semántico, esto es, si predica un estado, proceso o acción, cada verbo implica determinados valores sintácticos que pueden desplegarse en la oración concreta: Agente, Paciente, Experimentador, Beneficiario, Complementos y Circunstancias (Temporales, Espaciales y Modales). Cf. Chafe, W., *Op. cit.*, capítulo 12.

¹⁰ Tenemos, por ejemplo, la serie de los demostrativos, pronombres y adverbios témporo-espaciales.

hace desde el eje verbalmente activo, el *yo*, que configura y jerarquiza lo consabido desde un eje temporal que se inserta en un espacio suficiente o meramente sugerido. En suma, en el producto lingüístico se potencian el eje personal y el temporal. El espacial se les subordina. Se organizan los desplazamientos y otros cambios en el manejo de las coordenadas. Así se hace necesario mostrar y organizar la representación desde determinadas «claves lingüísticas» o dimensiones del decir, implícitas en todo hablar. En esta línea, el campo mostrativo se objetiva mediante «formas introductoras» que organizan ejes intuitivos de mostración como telepatías, desplazamientos, evocaciones, etc.

c) Según la argumentación, la «oración» gramatical (unidad molecular sintáctica y comunicativa) es una estructura bímembre (explícita o implícitamente sintagmática) que relaciona dos núcleos: el «sujeto» y el «predicado», los cuales se apoyan en el campo mostrativo y simbólico para delimitar la intención comunicativa.

En esta perspectiva, para precisar las funciones morfosintácticas de la oración, hay que relacionar tal enfoque con las otras realidades del signo: las dimensiones semánticas y las marcas formales o morfemáticas.

Así, tendríamos que clasificar, por ejemplo, la «partes» de la oración en tres niveles:

1. *Clases significativas.*—Se trata en este nivel de saber qué dimensión semántica se organiza con el material léxico: signos mostrativos coloquiales, no coloquiales; signos representativos; signos híbridos (representativo-mostrativos).

2. *Clases funcionales.*—En este nivel se trata de ver cómo se organiza funcionalmente en la «oración» el material léxico. Para cumplir este propósito hay que definir los posibles modos de concepción lógico-gramaticales de la «sustancia» previa. A una clase funcional de este nivel, pueden corresponder varias clases significativas, por ejemplo, si definimos el núcleo del «sujeto» como la clase funcional «sustantivo» tendríamos en tal clase a signos mostrativos y representativos del nivel anterior. Así, la oposición pronombre/sustantivo no podría mantenerse en este nivel.

3. *Marcas morfosintácticas.*—En este plano se trataría de describir objetivamente las marcas formales que caracterizan a las clases anteriores. Tal estudio podría hacerse en el eje paradigmático (morfemas categoriales) o en el eje sintagmático (distribución y concordancia entre las clases). Una definición típica, en la perspectiva de este nivel, sería:

El verbo, por sus caracteres formales, es aquella parte de la oración que tiene morfemas flexivos de número, como el nombre y el pronombre, morfemas flexivos de persona, como el pronombre personal, y además, a diferencia del nombre y del pronombre, morfemas flexivos de tiempo y de modo ¹¹.

La descripción es rigurosa, pero, obviamente, debe completarse con los otros criterios para reflejar toda la riqueza del ser y modos del ser del verbo.

Las precisiones anteriores afirman la necesidad de estudiar las unidades lingüísticas en la perspectiva de la situación comunicativa real.

Ahora, según lo expuesto, veremos cómo funciona la unidad comunicativa básica en el texto literario.

Recordemos que la situación imaginaria del producto lingüístico no incluye, en relación de inmediatez, ni al autor, ni al lector reales. Obviamente la conexión mediata no se desconoce.

En este sentido, debemos distinguir entre hablante ficticio, autor ideal y autor empírico. La obra literaria es una situación comunicativa imaginaria, y por lo tanto, el hablante o emisor de esa situación comunicativa será un ente que no se puede identificar con el autor que es un ser real.

Esta cita es aclaratoria al respecto:

El autor se objetiva como espíritu creador en su obra; y sobre él como tal, como espíritu creador, puede hablarse con el solo documento de su creación poética, pues el autor como espíritu creador no es sino el espíritu que da origen a la obra —un momento supremo, del ser concreto del autor— y no este sujeto real en todas sus dimensiones vitales. El autor ideal, objetivado, no es, pues, ni hablante alguno de las frases poéticas (ni hablante básico, ni personaje) ni sencillamente el ser empírico del poeta ¹².

¹¹ R. A. E., *Esbozo de una Nueva Gramática de la Lengua Española*. Madrid, Espasa Calpe, S. A., 1973. Véase pág. 249.

¹² Martínez Bonati, F., *La estructura de la obra literaria*, *Op. cit.*, pág. 124.

El autor ideal es una parte superior y de rango del ser real del creador que no puede, sin más, identificarse con las demás realidades de su biografía.

Pero volvamos a la situación comunicativa de la obra literaria. ¿Quién organiza como hablante tal comunicación?

a) En el género narrativo¹³, el decir unificante parte del emisor básico, del narrador, aunque su voz sea diáfana. Su presencia se nota en la adopción de un «punto de vista»; de sus perspectivas, de su escala de valores, que proyecta a un destinatario ficticio. Por otra parte, el decir de los personajes está supeditado al suyo. El mundo objetivo narrado está organizado espacial y temporalmente.

En esta perspectiva la voz del narrador es la de un cuasipersonaje que sabe lo que sucedió, pero que no interviene en la acción. Este esquema resiste, como poder explicativo, la estructura de la novela actual. Al querer no dársele sentido a lo que narra, se está, precisamente, dándole un sentido: la ausencia de sentido. La mera reproducción no soslaya la valoración y punto de vista de ese cuasipersonaje que organiza lo narrado.

En este marco no se pueden tomar con pleno sentido frases como «que el lector es el autor de la obra»; «no se narra, se presenta el mundo». Si la obra es una situación comunicativa, siempre debe haber una perspectiva de quien habla, una selección de datos y valoración, aunque se quiera hacer sentir que el mundo no tiene sentido y se disimule que no se sabe, la perspectiva unificante del narrador cuasipersonaje no desaparece. El que un personaje pueda transformarse en narrador es una prueba de que éste es, básicamente, un cuasipersonaje: el emisor básico de lo comunicado en la narración¹⁴.

¹³ No hay una separación tajante entre los modos de decir literarios, pero siempre hay una dimensión que predomina. Los géneros literarios se han clasificado, según la dimensión lingüística que predomina en el texto, de la siguiente manera, en la moderna crítica:

- a) Dimensión representativa: género épico o narrativo.
- b) Dimensión manifestativa: género lírico.
- c) Dimensión apelativa: género dramático.

Como se ha dicho, la separación no es tajante: la imbricación y encapsulamiento de «modos» es un hecho, pero siempre hay una dimensión englobadora predominante.

Cf. Martínez B., Félix, *Op. cit.* Especialmente la Tercera Parte.

¹⁴ Cf. Huerta, Eleazar, «La ficción básica», *Estudios Filológicos*, 4, 1968, páginas 77 y ss.

b) En el llamado género lírico, quien habla es una sola voz. Su característica principal es que lo dicho sirve para sugerir la interioridad del hablante lírico básico. La manifestación se potencia incluso cuando el mostrar y valorar desde el yo lírico se vuelve hacia el mundo, ya sea para interpelarlo o para contemplarlo.

Así, lo no dicho, la expresividad del yo básico, se manifiesta en lo dicho, en lo puesto de manifiesto.

Obra lírica es la obra literaria en que hay un emisor patente que pone de «manifiesto» una interioridad en lo dicho. En suma, emisor, dimensiones del signo, con relieve de una, más el destinatario ficticio (el mismo yo) conforman la situación comunicativa de lo lírico, como obra que se puede contemplar¹⁵.

c) En el género dramático, las voces variadas del drama se corporizan por la exigencia de la función teatral. Pero el espectador entiende desde la emisión de cada intérprete y la armonización de tales voces y gestos con una acción dramática y un determinado espacio, en una perspectiva y valoración no dichas pero presentes.

Tal punto de vista o yo poético se plasma en un género de decir que lo manifiesta: tragedia, comedia, etc.

La perspectiva virtual va estructurando el escenario; la actuación de los personajes, sus decires, sus ademanes: lo lingüístico y lo extralingüístico. En suma, la unidad de sentido en el género dramático, la da el temple del emisor invisible que elige un punto de vista genérico, que lo manifiesta, y permite organizar la unidad de concepción de la obra.

CONCLUSIONES

A) El verbo conjugado es la unidad morfosintáctica mínima que estructura la situación comunicativa básica y lo comunicado en las dimensiones semánticas del lenguaje, que lo fundamentan ontológicamente. Y, desde allí, hay que desplegar los demás valores virtuales, gramaticales y significativos, que completan el sentido impletivo del mensaje.

¹⁵ Cf. Silva, Hernán, «La unidad poética de "Desolación"», *Estudios Filológicos*, 4, 1968, págs. 152 y sigs.

B) El producto lingüístico, de índole literaria, es una obra que, salvo las relaciones mediatas con el autor y lector reales, debe entenderse como una situación comunicativa, en donde hay que buscar a sus elementos estructurantes. El análisis básico de todo texto literario es precisar quién dice o quién calla y cómo se manifiesta en lo dicho y no dicho de la obra. Tal precisión permite establecer las unidades claves del decir literario: lo narrativo, lo lírico y lo dramático.

HERNÁN URRUTIA CÁRDENAS